



Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Revista Argentina Virtual & Actual



Argentina
Virtual & Actual

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Director: Fernando de Estrada

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Año 12.
enero-abril de 2013

Nº 54

Más sociedad, menos Estado

***(Diálogo entre Monseñor Héctor Aguer y Fernando de Estrada
en el programa “Los Dos Reinos”, que se transmite
los domingos de 9 a 11 por AM 1270, Radio Provincia de Buenos Aires)***

Fernando de Estrada: -La expresión “Más sociedad, menos Estado” puede sonar para alguien que tenga mal preparado el oído como “muy liberal” pero para desmentirlo me adelanto a invocar a Margaret Thatcher. La ex primer ministro de Gran Bretaña, considerada con o sin razón arquetipo del liberalismo más ortodoxo, participó una vez en un acto donde se hablaba de cómo la sociedad debe desarrollar sus posibilidades y ocuparse también de fines públicos; las reflexiones que escuchó le suscitaron un escueto comentario: “No entiendo a qué se refieren cuando dicen *sociedad*”. El concepto de sociedad se le escapaba porque ella es individualista, y su planteo, compartido por muchísima gente, era que por un lado se encuentra el Estado -con sus terribles potencialidades de transformarse en un Leviatán totalitario capaz de llevarse todo por delante- mientras que por el otro lado están los individuos aislados sin ninguna conexión orgánica entre sí pero concertados por un mecanismo automático invisible conocido como mercado.

Monseñor Héctor Aguer: -Se trata de una posición anticuada a la que quizá pueda considerársela liberal pero que responde al mismo supuesto de los totalitarismos como el marxismo o el nazismo, con el Estado enfrentado a una masa de individuos indiferentes que no se organizan como sociedad; esa coincidencia de fondo no la podía entender la Thatcher. Yo pienso, en contra de esa objeción que viene del lado liberal, que sería perfectamente compatible un Estado que aplique una política económica neokeynsiana, pongamos, con una sociedad muy fuerte, orgánica, que toma parte en la obra pública, en la problemática pública. Es decir, que de ningún modo vaya en contra de la intervención que corresponde al Estado ¿No le parece?

Estrada: - En los ámbitos académicos donde se plantean estas cuestiones se destaca que la sociedad humana es una estructura, sistema o cuerpo que a pesar de responder a una cantidad de leyes necesita para su funcionamiento cierto elemento regulador externo. De eso ha empezado a hablarse mucho con motivo de la crisis financiera. Ha sido comprobado dolorosamente que el mercado financiero no se regula a sí mismo. Pero el fondo del problema no está en lo económico sino en algo que es objeto de filosofía política porque se trata de establecer cuál es la naturaleza de ese elemento regulador que está afuera (que puede llamarse gobierno, Estado o autoridad), quiénes lo integran, cuáles son sus límites, cuáles son sus fines, cuáles son sus propósitos.

Mons. Aguer: -...Cómo se relaciona con la sociedad y sus instituciones. Me parece que estos nuevos planteos que hablan de menos Estado (o en realidad de menos gobierno) y más sociedad –porque la oposición es entre el *big government* y la *big society*- me parece digo que en el fondo lo que plantean es la vigencia del principio de subsidiariedad bien entendido y funcionando en plenitud.

Estrada: -Es decir, una de las piezas clave de la doctrina social de la Iglesia que aparece con otros nombres.

Mons. Aguer: -Ese principio tiene doble dirección. Por un lado, impide que el Estado intervenga cuando las instituciones de la sociedad o las personas pueden llevar a cabo esa función para la cual se plantea el problema, y por otro lado pide que el Estado intervenga cuando ni las personas físicas ni las instituciones pueden hacerse cargo.

Estrada: -La teratología, o tendencia a la monstruosidad, de que padece la función del Estado es querer reemplazar a la sociedad, así como el mismo mal en la sociedad se manifestaría en la supresión del Estado para quedar como una mera acumulación de individuos. Esto último se relaciona con un abandono u olvido, o confusión, acerca de cuáles son las responsabilidades de cada uno de esos órdenes. Porque en el mundo de hoy parece de algún modo establecido que la sociedad debe recibir casi todos sus beneficios del Estado y a su vez debe darle a éste lo que le exija. Tal interpretación errónea de las relaciones entre sociedad y Estado ha sido reforzada por una famosa representación gráfica de la justicia como un triángulo donde la justicia conmutativa ocupa la base, uniendo dos puntas que son los individuos; la tercera punta es el Estado, y los otros dos lados del triángulo corresponden a la justicia legal, que es la debida por los individuos al Estado, y la justicia distributiva, la que obliga al Estado con los ciudadanos. Pero con esta representación de las partes de la justicia se ha producido un equívoco muy grande: se identifica siempre la punta de arriba con el Estado, cuando en rigor se trata de la autoridad. La justicia legal la tiene que aplicar cualquier parte de la sociedad –personas o instituciones- hacia otra mayor que la contiene, que puede ser una cooperativa, un club, una asociación de sindicatos. Se trata de ver que las sociedades pequeñas son las que forman la trama de la sociedad general, y que la autoridad, ese elemento regulador externo, en realidad emerge de la naturaleza de la sociedad y tiene gradaciones diversas.

Mons. Aguer: -Eso tiene que ver con el reconocimiento y el ejercicio de las responsabilidades. Si no se las reconoce ni se las ejerce, la tendencia es a que las asuma el Estado: alguien tiene que ocupar los vacíos. Por otra parte me parece que se relaciona también con una concepción correcta de la libertad y con una concepción orgánica de la

sociedad. Si la sociedad fuera un todo indiferenciado donde las reglas las impone no el Estado sino el mandamás de turno no habría remedio.

Estrada: -Ni habría tampoco otra desembocadura que el gangsterismo político, porque en esas circunstancias es el poder –pero no el poder de la autoridad moral, sino el poder físico que dan el dinero o las ametralladoras- el que determina qué va a pasar con el conjunto social. O sea, la opinión moralmente desviada del más fuerte.

Mons. Aguer: -Y nunca se podrá destacar bastante la influencia que en esto ejerce la idea corriente, aunque vulgar y errónea, de la democracia como una especie de mera gimnasia electoral periódica en la que no hay una verdadera representación ni el reconocimiento de una vida orgánica en la sociedad ni la conciencia de responsabilidades compartidas, cuando en realidad una democracia rectamente entendida supone el ejercicio de esos deberes y la vigencia de las instituciones de la sociedad que expresan los deseos, las aspiraciones, y las posibilidades de colaboración de las personas.

Estrada: -Supone también un dinamismo colectivo, porque todo eso va formando la tradición de un país, la capacidad de reacción ante los desafíos nuevos, la adaptación a exigencias traídas por las circunstancias. En cambio, cuando se forman estos regímenes de monopolio del poder político ante una masa amorfa de individuos, se da una especie de cadaverización o petrificación de la sociedad, que deja de ser humana, biológica.

Mons. Aguer: -Si se da ese caso, no puede haber un planteo auténtico de desarrollo en el sentido que nosotros entendemos, como desarrollo integral del hombre y de todos los hombres, porque el desarrollo de un modelo de país no se impone desde arriba, no tiene que ver con el poder de las bayonetas o las ametralladoras ni de las modas ideológicas sino principalmente con el diálogo social en el cual los protagonistas son las instituciones representativas de cada parte de la sociedad.

Estrada: -Cuando las sociedades abandonan ese modo de vida normal pagan un precio muy caro porque no se puede volver a la normalidad fácilmente. Recuerdo el comentario de un diplomático acreditado en un país del Caribe durante un lapso para él demasiado prolongado; me dijo con amargura que allí la población se reparte en dos sectores: los delincuentes, que viven al margen de la sociedad, y los policías, que son los delincuentes que han encontrado un sitio dentro de la sociedad; y eso porque la descomposición que se va dando en los países que pasan por el tipo de procesos de los cuales venimos hablando encuentran dificultades casi insuperables para recuperarse. No alcanza con leyes nuevas, ni con poner vigilantes buenos en cada esquina, pues el conjunto social ha perdido el hábito vital necesario para su rehabilitación.

Mons. Aguer: -Estos temas que parecen de pura filosofía política tienen mucho que ver con los problemas que los argentinos sufrimos hoy, y además están condicionando estrechamente las posibilidades de cualquier tipo de justicia social en nuestro país. Son temas muy concretos, demasiado concretos.

“El Mal Francés”, o la discordia entre Sociedad y Estado

por
Fernando de Estrada

“El Mal Francés” es un libro de Alain Peyrefitte cuya permanencia le hace merecedor de recordación en especial por su planteo de un problema que el cambio de circunstancias históricas no ha modificado desde su publicación en 1977. Ese problema es la pérdida de libertades concretas de personas e instituciones por la obra del centralismo avasallador del Estado.

Alain Peyrefitte creció en una época de pesimismo por la suerte de su país, cuando la primera posguerra mundial. Recuerda el autor que en ese tiempo, si bien Francia había militado de manera protagónica en el bando de los vencedores, padecía el inconfesado complejo de la duda acerca de si tanto esfuerzo bélico –con su precio atroz de sufrimiento humano- había quedado justificado con la situación general de la paz que era su resultado. Peyrefitte evoca cómo su abuela lo despertaba para ir al colegio y se sentaba en la cama del chico para darle un resumen de las noticias que acababa de escuchar por la radio o leído en los diarios. Eran siempre de este tenor: “Renunció Daladier”, “Matanza en la plaza de la Concordia”, “Insurrección contra el régimen”, “Fracaso de la diplomacia francesa”. Y la abuela, sacudiendo la cabeza, reflexionaba: “-¡Qué desastre!”.

Opinión semejante a la de la abuela comenzó a formarse Peyrefitte con sus primeras lecturas de historia, pues los héroes oficiales que se les proponían a él y a sus compañeros de escuela acababan en la tragedia o en el fracaso, desde Vercingetorix a Juana de Arco, desde Enrique IV a Luis XIV, desde Robespierre a Napoleón, desde Gambetta a Clemenceau. Cuando egresó de la Academia Nacional de Administración, era convicción su sospecha de que Francia padecía de una falla muy grave y persistente en su vida pública.

Ya en un viaje que como estudiante había hecho a Inglaterra tuvo, al establecer un paralelo con su país, la intuición de las causas. Entre los

anglosajones se vivía *en confianza*, especialmente respecto de sí mismo; el individuo no espera el éxito sino de su propio esfuerzo, toma iniciativas, transforma una idea renovadora en realidad nueva.

En cambio, el francés respira una atmósfera *de desconfianza*, donde todo deriva de jerarquías diversas; el ciudadano pierde el gusto por las iniciativas, se siente rodeado de prohibiciones y se entrega a la rutina. Si busca la liberación, es por la crítica, la agresividad y la revuelta.

Estas dos pistas le parecieron fecundas: resolvió entonces efectuar una experiencia piloto estudiando una comunidad francesa cerrada suponiendo que allí las características descubiertas se manifestarían más claramente. Para la prueba eligió un pueblito de Córcega; el resultado de la investigación lo resume así Peyrefitte; “La isla ofrecía una réplica de la resistencia al cambio, de la incapacidad de abrirse, de los retrasos económicos, de la subordinación de la provincia exangüe a la metrópoli apoplética que yo creía presentir en Francia”.

Tras su experiencia corsa, Peyrefitte ingresó en la diplomacia y estudió de cerca los dos países donde estuvo destinado: Alemania Occidental y Polonia. Allí contempló en términos dramáticos los extremos de su teoría: por un lado, la *confianza* engendrando la economía más próspera del mundo; por el otro, la *desconfianza* llevada a la categoría del terror sumiendo al pueblo en la pobreza y el desaliento.

Estas vivencias personales y el conocimiento que había ido atesorando de la vida de su país permitían a Peyrefitte formular su diagnóstico; el mal francés es el desperdicio de energías nacionales, del cual son responsables conservadores y revolucionarios, individualistas y socialistas, que en medio de sus reyertas han coincidido en constituir un “monocentrismo”, un estatismo que engendra una burocracia abrumadora. En tal sentido, necesariamente cunde la irresponsabilidad general y la tendencia a esperar todo del poder público.

La crítica del sistema no proviene de una previa toma de posición ideológica. Peyrefitte sostiene que el proceso histórico de su patria es malo porque así lo demuestran las consecuencias. Una de las más graves es el deterioro demográfico. Los historiadores han comenzado a comprender que los ritmos de natalidad y mortalidad dan la medida de la lozanía o decadencia de un pueblo, afirma Peyrefitte.

Por ejemplo, el período caracterizado por la supremacía de Inglaterra sobre Francia señala un impresionante crecimiento de la población anglosajona y la correlativa baja de la francesa. Hay que destacar que las tasas de crecimiento sólo cuentan en términos largos, como éste. Pues bien, hacia 1640 en Francia la densidad de la población era de cuarenta habitantes por kilómetro cuadrado, el doble de Gran Bretaña, que tenía veinte para igual superficie. En 1940. la densidad de Francia había subido de cuarenta a setenta y cinco, y la de Gran Bretaña de veinte a doscientos veinte habitantes por kilómetro cuadrado; por un lado, crecimiento del 87 %, y por el otro, de 1.100 %.

Peor todavía. Fuera de un millón de argelinos blancos (de los cuales menos de la mitad son de origen francés) y de seis millones de canadienses francófonos, no hay comunidades de cultura francesa en el mundo. Los veinte millones de franceses de 1640 no eran, tres siglos después, más de cuarenta y cuatro en el mundo; la cepa británica, con cuatro millones y medio de individuos entonces, había dado origen a las comunidades anglosajonas con casi doscientos setenta y cinco millones de miembros.

Vale la pena detenerse en este punto del crecimiento demográfico como señal de progreso ya que se trata de un tema muy controvertido. Peyrefitte asume las eventuales críticas a su argumentación. ¿Cómo, se dirá, va a hacerse al estancamiento demográfico responsable del estancamiento económico si el crecimiento poblacional galopante impide el despegue de los países subdesarrollados? Lo que pasa –señala Peyrefitte- es que el dogma de la igualdad de los pueblos impide comprender que el incremento de la población produce efectos diversos según el grado de progreso que hayan alcanzado las distintas sociedades.

Cuando un país subdesarrollado da sus primeros pasos en la medicina social, los beneficiados principales son los elementos menos productivos de la sociedad, con lo cual disminuye el porcentaje de población activa y se da una secuela de problemas que se sintetizan en la lentitud del ritmo de crecimiento. Pero un país que tiene hecho su despegue económico precisa que su población crezca para estimular la actividad con el aumento de sus necesidades y gustos. Los dos milagros económicos de la Europa de posguerra (el alemán y el de Italia) así lo demuestran. Alemania occidental absorbió a trece millones de refugiados llegados del Este; el valle del Po acogió a tres millones de inmigrantes procedentes del *mezzogiorno*. “Para responder a los desafíos de la vida, estos países han optado por zambullirse en la vida”, sintetiza con bella expresión Peyrefitte.

¿Cómo comenzó el proceso de decadencia, aun en curso? Es tema para encarar cuidadosamente; sostiene Peyrefitte que un país puede resplandecer largo tiempo después de haberse secado la fuente de su prosperidad, como una estrella que se ha extinguido pero cuya luz todavía recibimos. Lo cierto es que, a mediados del siglo XVIII, Francia comienza a debilitarse mientras otras naciones la superan, y esta inversión coincide con el establecimiento definitivo de la centralización y del dirigismo y de un régimen fiscal asfixiante necesario para constituir un Estado tentacular. No es a Luis XIV a quien cabe endilgarle esta responsabilidad; se trata, en rigor, de un modo de pensar que se impone durante su reinado, pero si hubiera que encarnar la tendencia en una persona concreta, tal persona debería ser Colbert, el ministro de finanzas del Rey Sol.

Colbert pretendía una quimera similar a la de las sociedades planificadas del siglo XX: enriquecer al reino haciendo de cada individuo un instrumento

dócil de las decisiones económicas tomadas en la cima del gobierno. La docilidad la consiguió; la prosperidad es otro cantar.

El programa de Colbert condujo a la declinación económica. De una nación fuerte, el Estado podría haber absorbido la fuerza que Colbert quería darle. Pero el Estado desangró a la nación. En efecto, cuando Colbert decía Estado, no pensaba en nación, en la vitalidad de la industria y el comercio de ésta, en su espontaneidad creadora: pensaba en la burocracia real orientando y controlando toda actividad.

En esto acababa el brillante esfuerzo iniciado en el siglo XII, con los países latinos a la vanguardia, de exuberancia espiritual, intelectual, artística y económica que culminó en la plenitud de la Edad Media, período que muchos ilustres historiadores consideran el más brillante de la civilización occidental. Francia, sostiene Peyrefitte, gozó los beneficios de la época pero con una permanente pendiente a la centralización. En 1692, dice Peyrefitte, “los cuerpos intermedios mediante los cuales los franceses se administraban a sí mismos, se marchitan y desaparecen”.

Si la centralización no resultaba entonces tan sofocante como hoy era porque los obstáculos naturales a las comunicaciones salvaban cierta dosis de iniciativa local. El telégrafo y el teléfono acabaron por deshacer ese dique.

Uno de los aspectos más polémicos de “El Mal Francés” es la interpretación de las causas que desencadenaron el proceso de centralización. Peyrefitte considera que las víctimas de este vicio son preponderantemente los países católicos; los protestantes, por el contrario, se caracterizarían por su carácter de *sociedades de confianza*. Tal diferencia la atribuye a la organización piramidal que se adoptó en el mundo católico cuando la Contrarreforma, es decir en la réplica opuesta al ataque protestante del siglo XVI.

Peyrefitte se declara católico, y por consiguiente no debe considerarse su afirmación como producto de una hostilidad ideológica preconcebida. Eso torna más difícil entender cómo ha llegado a tal conclusión, porque los ejemplos históricos que esgrime en pro de su tesis resultan poco convincentes. En efecto, la organización piramidal y centralizada que Peyrefitte considera característica de la Contrarreforma en ninguna comunidad alcanzó formas tan acabadas como en la Ginebra de Calvino y en Prusia, el campeón del protestantismo y de la disciplina militarista hasta avanzado el siglo XX. La intolerancia de los príncipes que impusieron la Reforma en sus Estados fue despiadada. Y en cuanto a la evolución permanente de los países protestantes, Holanda decayó y entró en la órbita de los ingleses en menos de un siglo.

Por otra parte, tanto naciones católicas como protestantes han tenido sus períodos de *sociedad de confianza* y de *sociedad de desconfianza* indistintamente. Inglaterra, presunto modelo de lo primero, pasó por los nada descentralizadores rigores de los Tudor, de Cromwell y de los Estuardo a la vez que impulsaba su progreso económico, y es el mismo país protestante que

después de la Segunda Guerra Mundial se entregó a la planificación y el centralismo socialistas sin haber cambiado de religión y sin que su languidecimiento posterior anunciara ninguna conversión colectiva al catolicismo.

¿Y Alemania? La mentalidad prusiana, profundamente protestante, generó a una de las formas políticas más centralizadoras, el nacional socialismo de Hitler, y no olvidemos que esa región alemana ha sido el núcleo de la zona europea colonizada por los soviéticos. En cambio, la *sociedad de confianza* se asentó sobre la obra de Konrad Adenauer, el católico canciller. Más aun: desde que en una etapa posterior abandonaron el comunismo para reintegrarse al cuerpo común, Prusia y las otras regiones orientales de Alemania demostraron una inhabilidad de adaptación a la economía moderna que las mantiene en la condición de subsidiarias.

Puede presumirse que Peyrefitte se dejó llevar a estas especulaciones por la interpretación de Max Weber acerca de las relaciones entre la ética protestante y la formación del capitalismo, que han quedado ya muy relativizadas por investigaciones más modernas. Antes que confiarse a esa brújula poco fiel, Peyrefitte debería haber destacado con mayor énfasis el peso que las ideas tienen sobre la constitución de los pueblos. En la práctica lo hizo así, ya que no ha descreído en la posibilidad de rectificar la marcha. Por eso se lanzó a la política activa siguiendo los pasos del general de Gaulle; fue diputado, alcalde, secretario general del partido gobernante, siete veces ministro en el régimen de la V República.

Su recuerdo de de Gaulle es positivo: lo ve como el restaurador del orden cuando el país se encontraba sumido en la ineficiencia y al borde de la guerra civil. Pero no disimula que el general estaba también tocado del vicio histórico, como se aprecia en este párrafo: “De Gaulle no daba la impresión de estimar que el poder del Estado tenía que estar equilibrado por poderes secundarios; al contrario, le irritaba que pudieran existir. Toda autoridad que escapara a la suya le parecía ilegítima. Cuando hablaba de *participación* se preocupaba por que los obreros participaran en las responsabilidades de las empresas, no los ciudadanos en las responsabilidades públicas”.


Las consideraciones que hace Peyrefitte sobre el régimen de la V República abundan en detalles y anécdotas propias de los memorialistas que se han movido en los más altos niveles. Se aprecia aquí mejor “el mal francés” en los casos individuales y en la tarea contracorriente cumplida por Peyrefitte en sus funciones.

Peyrefitte sostiene que para salir de este mal su país tiene que convencerse primero de que lo padece y que a él solo corresponde terminarlo. No hay duda de que su libro es un aporte para ello. Lo ha concebido como un llamado a los intelectuales, para que se aparten del espíritu de utopía y sistema; al pueblo en general para que transforme la consigna de “El Estado soy yo” que ha heredado

de los reyes absolutistas en un “La Administración somos nosotros”; a los responsables de los asuntos públicos para que sus funciones vuelvan a ser un bien necesario en vez del mal intolerable de la burocracia.

Y por fin convoca a lo que llama “Proyecto Responsabilidad”: “La revolución que proponemos no contraría a la sociedad moderna, sino al espíritu arcaizante. La realidad es la competencia: nuestro modo de ser se aferra a la seguridad. La realidad es la movilidad, la innovación: nuestro modo de ser sigue modelado por lo inmutable...La realidad conjuga poderes y realidades responsables: nuestro modo de ser no concibe sino la realidad no compartida y la libertad sin fronteras”.

“Porque carece de confianza, porque no está a gusto consigo misma, nuestra sociedad sueña con transformaciones radicales, diría trasmutaciones. Por ignorar la dinámica social, imagina una alquimia milagrosa. Está a la espera de un Fausto que transforme su vil metal en oro”.

	Director: Fernando de Estrada Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Año 12: enero-abril de 2013	Nº 54

Imágenes del Chile de Salvador Allende

por

Hernán Millas y Emilio Filippi

El 30 de diciembre de 1970 Allende habló por la Cadena Oficial de Emisoras y de Televisión anunciando: “Dentro de ocho días enviaré al Congreso un proyecto para estatizar todos los bancos”.

La iniciativa no llegó nunca al Parlamento.

Comenzaban los “resquicios legales”. El abogado Eduardo Novoa Monreal, a quien Allende designase presidente del Consejo de Defensa Fiscal, fue el padre de esta idea. Cada Ley tenía una puerta de escape. El candoroso legislador no podía pensar que su idea podía ser aprovechada en sentido contrario por alguien audaz. De ahí que con las actuales “leyes burguesas” la Unidad Popular podía ir imponiendo en Chile el socialismo.

En el caso de los bancos, ¿para qué recurrir al Congreso, donde la Unidad Popular no tenía mayoría? Es cierto que la Democracia Cristiana había manifestado su aprobación, pero también hablaba de bancos como empresas de trabajadores. Lo mejor era estatizarlos todos sin consultar al Congreso. ¿Cómo? La Ley que creó la Corporación de Fomento de la Producción facultaba a ésta para adquirir acciones en algunas empresas. Esa disposición podía aplicarse para que se comprasen las acciones de todos los bancos. El día que pudiese comprar la mitad de esas acciones, sin que el Congreso aprobase una Ley, los bancos pasarían al Estado.

La CORFO, faltando a su verdadero rol, se dedicó a comprar acciones de todos los bancos. Estos valores, debido al pánico consiguiente de sus poseedores, ni siquiera se cotizaban en la Bolsa. Se les ofreció una parte al contado y el resto en bonos pagaderos a varios años plazo. Para impresionar, se comenzó con la banca extranjera. En el Congreso fueron denunciados casos de accionistas extranjeros a quienes se les pagó cuatro o cinco veces lo que recibieron los chilenos, y al contado.

El mismo sistema de ir comprando las acciones de los bancos comenzó a aplicar la CORFO en las industrias. El Estado se fue tragando industrias sin necesidad de Ley.

Pero como esto resultaba muy oneroso, se estableció una alternativa: producir conflictos laborales que obligasen a los empresarios a vender a cualquier precio. El CUP (Comité de Unidad Popular) de los operarios de la industria ayudaba para este fin. Fue así como Zig-Zag, la mayor editora del país, se vio abocada a tener que cancelar mensualmente por reajustes y diversos beneficios el equivalente de seis meses de salarios. En tal situación se vio obligada a traspasarle al gobierno sus edificios y maquinarias por un precio irrisorio y a largo plazo.

Con todo, 1971, el primer año del gobierno de la Unidad Popular, fue próspero. Muchos se preguntaban: “¿Y esto era lo que temían de un mandatario marxista?”.

Todos ganaban más, todos gastaban más y todos vivían mejor.

Los chilenos ignoraban que ese festín tendría un amargo precio: se estaban derrochando las reservas acumuladas por el país durante años.

Allende había recibido un Banco Central con cuatrocientos millones de dólares y al término de un año conservaba sólo poco más de cien millones.

Para cubrir el déficit fiscal y los compromisos derivados de los generosos aumentos de sueldos y salarios se empezó a imprimir billetes. La emisión de 1971 alcanzó a 20.000 millones de escudos. lo que significaba un aumento de la emisión de 132,7 % . Pero la maquina de imprimir billetes recién empezaba a trabajar. En el último año de la UP superaría diez veces esa cifra (216.000 millones de escudos en ocho meses).

En el gobierno nadie manifestaba inquietud por lo que vendría: la inflación tendría que venir a pasar su cuenta. Además debería surgir la escasez, porque se acabaron las reservas de capitalización. Las fábricas trabajaban con el tope de su capacidad instalada, pero nadie invertía un solo dólar, porque se ignoraba la suerte que correrían.

A las cuarenta y cinco empresas que serían primero estatizadas se fueron agregando otras más, no sabiéndose si esa cantidad sería la definitiva.

El dividendo político de esa bonanza artificial fue que Allende, que había obtenido el 36,3 % de la votación viera aumentada al 49,5 % su fuerza en las elecciones municipales de 1971. Ahora estaba de igual a igual con la oposición.

Que la economía quebrase, que las industrias pudiesen, que la inflación devorase sueldos y salarios era parte de una estrategia destinada a reducir a cero esa “sociedad capitalista” y en sus ruinas empezar a construir la nueva economía socialista.

Otro factor adverso se agregó: comenzó el éxodo de cerebros.

En los organismos fiscales, en las empresas que eran estatizadas, a los profesionales y técnicos que no eran de la UP se les despedía o se les hacía la vida imposible, motejándolos de reaccionarios y saboteadores.

Ingenieros, médicos, bioquímicos, biólogos, constructores civiles, arquitectos, debieron abandonar Chile.-

Odio y violencia

Uno de los primeros decretos presidenciales fue destinado a indultar a cuarenta y tres jóvenes de extrema izquierda que se encontraban prófugos o procesados. Gracias a ese indulto presidencial quedaron en libertad y dejaron la clandestinidad los dirigentes del MIR. También los del VOP (Vanguardia Organizada del Pueblo), entre ellos Arturo Rivera Calderón, quien cinco meses después asesinaría al ex vicepresidente de la República Edmundo Pérez Zujovic, del partido Demócrata Cristiano.

Todos los indultados habían participado en asaltos a bancos, supermercados y estaciones de gasolina. Ellos denominaban “expropiación” al producto de sus robos, diciendo que era para adquirir armas y mantener sus movimientos.

Allende, al firmar el decreto, explicó que se trataba de **“jóvenes idealistas, con los cuales teníamos una apreciación táctica distinta y diferente, que actuaron erradamente pero impulsados por un anhelo superior de transformación social”**

...No pasó mucho tiempo para que los indultados por Allende renovasen la violencia. La VOP inició una escalada de crímenes de una ferocidad extrema: asaltaron una confitería, asesinaron a su propietario y ultrajaron su cadáver; asaltaron un supermercado y asesinaron a un carabinero. Todos estos crímenes quedarían impunes.

Además, la violencia estaba en las palabras y ellas hacían mover el gatillo en contra de los llamados “contrarrevolucionarios”.

Los diarios y revistas (que habían proliferado impresas en los talleres del Estado y financiadas con avisos fiscales), las emisoras y la televisión en manos de la Unidad Popular destilaban una virulencia nunca antes conocida.

El blanco predilecto de la prensa de la Unidad Popular era Edmundo Pérez Zukovic. Había sido ministro de Frei y vicepresidente de la República. Los demócratas cristianos lo consideraban una especie de hermano mayor y admiraban su estampa moral y humana. La VOP lo colocó en la lista de sus “fusilables” y realizó la alevosa masacre de Edmundo Pérez Zukovic y lo llamó “fusilamiento revolucionario”.

Allende manifestó a la democracia cristiana su creencia de que los asesinos pertenecían a la ultraderecha, y que habían cometido el crimen parecía dañar a la Unidad Popular: “Los enemigos de la patria no se detienen ante nada”, expresó.

El propio Director de Investigaciones, Eduardo Paredes, pasó a contradecirlo. Reveló a los periodistas que el crimen había sido cometido por los hermanos Rivera Calderón, de la VOP. Al amanecer del 13 de junio (cuatro días después del asesinato) el propio Paredes dirigió la cacería humana de los hermanos Rivera Calderón. En vano los dos hermanos intentaron rendirse levantando bandera blanca. Ambos fueron ultimados a balas.

Sólo más tarde se sabrían las sórdidas vinculaciones de Paredes con los asesinos de la VOP. De ahí que el Director de Investigaciones decidiera sellar ese pacto de sangre con la muerte de ellos, para evitar que hablasen.

Los campos devastados y la ruina de las industrias

En mayo de 1971 un centenar de predios fueron tomados por extremistas. Gran parte de ellos escapaban, por su reducido tamaño, a las principales causales de expropiación contempladas en la Ley de Reforma Agraria (ser de más de ochenta hectáreas y estar mal cultivados o en evidente abandono).

Miguel Enríquez, dirigente del MIR, expresaba: “Debemos hacer asco de la libertad burguesa. Hay que disolver el Parlamento, apoderarnos de las industrias y de los fundos sin pagar indemnización”.

No eran expresiones alteradas de un extremista aislado. Se sucedían los casos de dueños de predios que eran despojados de cuanto tenían para salvar la vida, y también los que tendrían un fin trágico.

En el campo dejó de sembrarse. En las provincias del sur, que fuesen “el granero de Chile”, había miedo e incertidumbre. Tampoco se hacía producir la tierra ocupada. Los campesinos pasaban a recibir clases de guerrilla. Muchos se resistían. Fue así como el Congreso de la Confederación Nacional de Asentamientos y Cooperativas de la Reforma Agraria, formados por los campesinos que recibieron tierras de predios legalmente expropiados, expresó su descontento, diciendo: “Se quiere ahora reemplazar al patrón tradicional, al momio, por el patrón Estado, el momio rojo. Antes se predicaba ‘la tierra para los campesinos’, pero los campesinos no reciben títulos de propiedad y se nos dice que eso serviría sólo para crear nuevos patrones”.

En su programa de candidato, Allende había prometido la nacionalización de “aquellas industrias básicas, como la gran minería del cobre, salitre, yodo y carbón mineral”. Una vez en funciones envió al Congreso el proyecto de nacionalización inmediata, aprobado por la unanimidad del Senado y la Cámara de Diputados.

Los 600 millones de dólares que antes de Allende se habían invertido para la expansión de esos minerales y para que Chile duplicase su producción se desperdiciaron. La

producción fue disminuyendo de 600 mil toneladas a 533 mil toneladas, 509 mil al año siguiente, y en 1973, de haber concluido el año la UP, no habría pasado de las 450 mil.

También el programa consultaba la nacionalización del sistema financiero del país, en especial la banca y seguros, el comercio exterior, las grandes empresas y monopolios de distribución, los monopolios industriales estratégicos. Porque ya otras actividades que condicionan el desarrollo económico y social del país estaban en manos del Estado desde mucho antes del triunfo de la UP: la electricidad, los ferrocarriles, la producción y refinación del petróleo, la petroquímica.

Allende tranquilizaba a la propiedad privada señalando que sólo una minoría de empresas pasaría al Estado, y que habría un área mixta, compuesta por empresas que combinasen los capitales del Estado a los particulares. “Delas 30 mil industrias existentes, incluyendo la artesanal, sólo unas 150 controlan monopólicamente todos los mercados, la ayuda del Estado, el crédito bancario y explotan al resto de los empresarios industriales del país”.

¿Qué sucedió en la realidad?

En la primera semana de julio de 1973, dos meses antes de la caída de Allende, su ministro de Trabajo, Jorge Godoy, comunista, admitía que treinta y cinco mil industrias y empresas (o sea un número superior al que Allende estimó que existían en el país, incluyendo las artesanales) habían sido ocupadas por los trabajadores.

Los “resquicios legales” recomendados por Eduardo Novoa para estatizar empresas sin ley especial ni cancelación a sus dueños o accionistas no cuidaban siquiera las apariencias. Se declaraba una huelga ilegal en la industria que estaba de turno. Si los pliegos económicos estaban satisfechos, se pedía la salida de determinado jefe por “contrarrevolucionario”. O se paralizaba la industria pidiendo que fuese estatizada. Inmediatamente, el gobierno decretaba su requisición, porque había caído en las causales del decreto que establecía las facultades del Comisariato de Subsistencias y Precios, donde se autorizaba a este organismo a requisar la industria que elaborase algún producto indispensable para el consumo popular del cual se registrare angustiosa escasez.

La Contraloría General de la República, encargada de fiscalizar la constitucionalidad y la legalidad de los decretos del Ejecutivo, comenzó a padecer. Al Contralor Héctor Humeres Magnan, hombre de derecho, le angustiaba comprobar que no se guardaban ni siquiera las apariencias. Muchas veces llegaban decretos de requisición de una industria donde ni siquiera se dieron la molestia de suscitar un conflicto artificial.

Cuando la Contraloría rechazaba un decreto, una turba de extremistas se concentraba frente a su edificio para injuriar a Humeres. La prensa de la UP lo calificaba de “momio, fascista y sedicioso” y afirmaba que recibía dinero de los dueños de esa industria. En esos casos el gobierno dictaba un “decreto de insistencias”, otro resquicio legal. Con el tiempo, el gobierno ni siquiera hacía llegar los decretos de requisición. Los funcionarios expresaban que se trataba de “ocupación” de las empresas por parte de los obreros, lo que por sí solo hacía quedar el hecho fuera del ámbito legal de la Contraloría.

Cada empresa estatizada era entregada a determinado partido de la Unidad Popular, de acuerdo al cuoteo. Había tantas industrias para los socialistas, tantas para los comunistas y menos para los radicales, mapucistas e Izquierda Cristiana.

En lo doméstico cada empresa que se entregaba a determinado partido pasaba a ser una fuente más de ingreso para esa colectividad. Con el pretexto de que los distribuidores y comerciantes estaban en contra del gobierno se creaban otros canales de distribución clandestinos. El setenta por ciento de la producción se desvió a esos canales, que pasarían a alimentar al mercado negro. Y se mantenían exiguos precios, sin importar que la empresa sufriera elevadas pérdidas, porque de ese modo crecían las utilidades de los intermediarios (el Partido y escogidos militantes). Así, Mademsa mantenía el precio de 20 mil escudos por un

refrigerador, aunque nadie (salvo los elegidos) pudo adquirirlo a ese valor. Su costo en el mercado negro era de 80 mil escudos. Debía pagarse, porque en los establecimientos comerciales había desaparecido.

Esto explica que las empresas estatizadas tuviesen en un año una pérdida de 150.000 millones de escudos.

Marcha de las cacerolas

Los supermercados, las tiendas y los almacenes comenzaron a quedar vacíos. Las madres no pudieron siquiera comprar el medio litro de leche diario que Allende prometiera a los niños. En diciembre de 1971 las amas de casa ignoraban que la escasez que en esos días les inquietaba no sería nada comparada con la de meses siguientes. No imaginaban que un día los establecimientos comerciales tendrían que colocar un cartel diciendo: “No hay nada de nada”.

Las explicaciones de la UP acerca de por qué en Chile, sin haber sido azotado por ninguna invasión o guerra, faltaba lo más esencial para comer y vestirse fueron muy variadas. Allende comenzó diciendo: “Falta carne, faltan pollos. ¿Saben dónde están? En los freezers del barrio alto”. “La gente que tiene más medios es la que sigue comiendo carne. Es la que puede acaparar cuarenta o cincuenta kilos en un freezer durante un año o más”. Dejó de repetir esta explicación cuando fue extendiéndose la reflexión de que tales refrigeradores domésticos ¡de cincuenta kilos! no existían, y que, asimismo, si el presunto acaparador había ya comprado esos cincuenta kilos, su enorme refrigerador no le permitiría guardar periódicamente cantidades similares. O sea, quedaba ya libre de seguir impidiendo que otros compraran carne.

Los intentos de explicación se hicieron más confusos cuando resultó inocultable que la penuria era para todos. Uno memorable lo ensayó el presidente ante los obreros de la fábrica textil Yahur, aunque en realidad se trataba antes bien de una ocurrencia pseudohumorística para mitigar los enojos: “En este caso están más derrotadas las viejas del barrio alto, porque tienen que hacer unas colas tremendas. ¡Tremendas!”.

Pero no eran sólo los habitantes del barrio alto (sector residencial acomodado de Santiago) quienes padecían la escasez. Al dar las diez de la noche, una enorme zalagarda se oía en todo Santiago, desde las más modestas poblaciones de Barrancas, Quinta Normal, Conchalí, Santa Rosa y San Miguel, hasta los barrios de clase media y de los sectores acomodados. Las mujeres golpeaban los tiestos de cocina con un cucharón durante media hora. Por paradoja, en los barrios elegantes la protesta era más reducida porque a ellos se habían mudado muchos de los jerarcas de la Unidad Popular.

Las mujeres salían a las aceras frente a sus casas a golpear las cacerolas. En los barrios populares, muchas mujeres fueron golpeadas y hasta baleadas. Pronto, el ruido de las cacerolas se oía en todo el país.

Toda esta protesta culminó con una marcha de las cacerolas por el centro de Santiago. El desfile fue autorizado por las autoridades, pero con un propósito: permitir que, de súbito, las mujeres fueran atacadas por centenares de brigadistas, que aparecieron inesperadamente premunidos de cascos y cadenas.

Empezaba así un plan para atemorizar a la población. Pero la marcha de las cacerolas resultó un fiasco para la Unidad Popular: por primera vez había perdido el dominio de las calles, y las mujeres demostraban que no tenían miedo.



Centro de Estudios de la Realidad Nacional
Revista Argentina Virtual & Actual



Argentina
Virtual & Actual

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Director: Fernando de Estrada

Centro de Estudios de la Realidad Nacional

Año 12.
enero-abril de 2013

Nº 54

LA INSOPORTABLE CULTURA DE LO POLITICAMENTE CORRECTO

Por Ludovico Videla

Definir lo “políticamente correcto” es bastante complicado porque más que un concepto o una doctrina específica, refleja una actitud, una moda. Su contenido puede variar de sociedad en sociedad y ajustarse al vaivén de los liderazgos y momentos políticos. Hoy lo “políticamente correcto” impone portar una chaqueta de un color y rechazar otra que era casi obligatoria hasta hace poco, sin que ninguna justificación sustente el cambio: es así, es lo que hay.

En general, una afirmación para ser “políticamente correcta”, debe gozar de la aceptación general de los medios de comunicación. Ello no implica de ninguna manera que se defiendan valores esenciales, o que lo que se defiende en este momento sea racionalmente consistente. Las contradicciones pueden ser manifiestas y lo que hoy sirve, mañana se descarta. Lo central es estar a la vanguardia, apoyar una cierta idea de “progreso”.

Decía Marta Minujín, escultora argentina, ícono cultural y artístico de “lo políticamente correcto”: “me gusta corromper con el arte” (cfr. La Nación, 20/2/11). Parece sorprendente, pero el nihilismo y la contestación son lo más convencional y expresivo de la moda de lo políticamente correcto. Nada más *a la page* que divertirse intentando destruir el orden natural o cualquier atisbo de él.

Vladimir Volkoff, estudioso francés de la manipulación informativa, sostiene que lo “políticamente correcto” consiste en la observación de la sociedad y la historia en

términos maniqueos. Lo “políticamente correcto” representa el bien y lo incorrecto el mal. El bien consiste en la aceptación y tolerancia a cualquier opción “políticamente correcta”, pero que sea construida. Todo lo correcto es construcción social. El *súmmum* del mal es aceptar lo dado, ya sea esto de carácter religioso, étnico, histórico, social, moral, sexual e incluso los hechos históricos y sus avatares humanos debilidades y errores. Lo que pasó, es la historia que ni Dios puede cambiar, pero para lo “políticamente correcto” su relato debe adecuarse a la nueva construcción social.

Lo “políticamente correcto” no atiende a la igualdad de oportunidades en el punto de partida como un sentido razonable de equidad propondría, busca afanosamente el igualitarismo en los resultados, en el punto de llegada, por eso irrita todo aquello que establece un límite que no puede superar la voluntad o el capricho.

Como la mayoría de las cosas nos son dadas, y en general por la Gracia de Dios, luchar contra las formas y límites de lo real implica cierto estado de locura. Si Chesterton viviese tal vez defendería la tesis de que lo “políticamente correcto” es un estado de locura no percibido, un exceso del razonamiento.

Los promotores de lo “políticamente correcto” han sido los grupos antirracistas, feministas y pro gay de los Estados Unidos. Su prédica se ha extendido y los socialismos varios se han incorporado a esta moda, que le brinda la ventaja de soslayar la necesaria explicación del completo fracaso del modelo soviético y de sus satélites. El comunismo y el socialismo han reemplazado con gran velocidad las fracasadas banderas de la revolución, para encolumnarse detrás del “progreso” y lo “políticamente correcto”.

Sin duda en Francia, Italia y España, pero también en la Argentina vemos a conspicuos comunistas de otrora transformados en los líderes “progresistas” de hoy. Un sociólogo italiano de izquierda, Luca Ricolfi disconforme con este travestismo político criticaba a sus pares en un estimulante libro que recomiendo.¹ Para Ricolfi la izquierda progresista italiana abusa de los esquemas secundarios, aquello que Carl Popper llamaba hipótesis *ad hoc*, que permiten escapar de los hechos. El dice que no existe parangón con el inmenso esfuerzo de la cultura marxista, de ocultar los hechos- pobreza, trabajos forzados, represión, genocidios, asesinatos – y edulcorar la evidencia histórica disonante de la Unión Soviética, China y Cuba.

¹ Ricolfi, Luca, *Perché siamo antipatici? La sinistra e il complesso dei migliori*. Longanesi, Milan, 2005.

Ricolfi, también acusa a la izquierda de someterse a la dictadura de lo “políticamente correcto” que ha condenado a muerte a palabras de por sí inocentes.

Ricolfi coincide con nuestra acusación. Para cambiar o disimular la realidad, los movimientos y organizaciones que proponen la transformación de la sociedad hacia lo “políticamente correcto”, utilizan “acciones afirmativas”, que buscan desplazar actitudes sociales consideradas racistas, sexistas, homofóbicas, o discriminatorias. Para ello se impone una férrea dictadura del lenguaje. Ya no se puede decir más hombre o mujer y debe reemplazarse por “preferencia sexual”. Padre o madre está vedado y debe decirse progenitor uno y progenitor dos. Indígena, viejo, mucama, portero, negro, basurero, cartonero, sodomita, sordo son términos “políticamente incorrectos”. No es que me volverá la juventud si me llaman “integrante de la tercera edad”, o la audición si me nombran “discapacitado auditivo”, pero para estos grupos la diferencia es fundamental, se evita la discriminación.

El feminismo, el movimiento gay, la izquierda, el progresismo han tomado el liderazgo en la imposición de lo políticamente correcto. Ellos ofrecen la utopía de un mundo en que todos seremos iguales y felices, meta que alcanzaremos apoyando el “progreso” hacia ese destino transitado por la ruta de lo políticamente correcto.

Distinguir entre izquierda y derecha es un divertimento sin mucho sentido hoy día, porque cuando llega el momento de usar el lenguaje o imponer con leyes lo políticamente correcto, todos se unen en una gran confusión.

Llegado a este punto quiero explicar el adjetivo de insoportable de esta cultura. Luca Ricolfi apunta en el libro citado que la izquierda en Italia sufre un complejo de superioridad ética. Apuntan con el dedo a la derecha porque ellos son los “buenos”. Con la cultura de lo “políticamente correcto” sucede lo mismo, sus defensores se consideran los justos incorruptibles que imponen lo inevitable, los efectos del “progreso”.

Pero si como decía el entonces Cardenal Ratzinger “la idea de verdad ha sido eliminada en la práctica y sustituida por la de progreso”, ¿desde qué categoría se juzga a los que no aceptamos lo “políticamente correcto”? El relativismo del progreso no puede ser decálogo de ningún juicio absoluto, es una contradicción insoportable. Una cultura insoportable, como sus voceros y “voceras”.